

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 2 DE OCTUBRE DE 1921

NÚM. 19.552



DE OTROS TIEMPOS.—EL VESTIDO DE LA NIETA —DIBUJO DE ENRIQUE BRÁNEZ.

Ayuntamiento de Madrid



CUENTOS ESPAÑOLES

# MAÑANA...

## «El ultimátum»

PERO mujer...

—No hay mujer que valga. Lo tomas o lo dejas. ¡Claro!

—Bueno, bueno. Veré. Procuraré... Pero hija, ¡dos mil duros! ¿Sabes lo que son dos mil duros para un mueblista de ocasión? Hazte cargo...

—Hazte cargo tú. ¡Mira éste! ¿O quieres que me mude a un sotabanco, me ponga un velustrín y tome un abono al tranvía? No, hijo. Para sacrificios, basta y sobra...

Ruiz, abatido en su gordura fofa, llevándose las manos a la calva, exclamaba sombríamente:

—¡Digo, Dios!... ¡Digo, Dios!...

Fermina, ante el espejo, golpeaba el tocador con las tenacillas:

—¡Tragedias, no, rico! ¿Qué me has sacrificado tú? Unas pesetas... Ni eso; porque como han sido del juego, de «guagua»...

¿Qué te he sacrificado yo? ¡Nada, sin aspavientos! ¿Qué te he sacrificado yo? ¡A ver! ¿No los he tenido a patadas, ricos, riquísimos, ofreciéndome a manos llenas? Auto, pieles, joyas... Lo que hubiera querido... ¡Imbécil! ¡He sido una imbécil! ¡Claro, que todavía!...

Espléndida, arrogante, narcisaba ante el espejo con esa voluptuosidad teatral de las otoñales en ejercicio. Miradas lentas, mohines rápidos, sonrisas perversas. La lengüecilla, salivosa, refrescaba los labios secos. Las manos, sabias y diabólicas, acariciaban el robusto cuello de Juno.

—Todavía...

Y era el avaro recontando la gloria de sus tesoros...

El pobre Ruiz, acabado, aniquilado, como el reo a quien dan tormento, entregó la revelación, entre suspiros:

—Bueno, sí. Los tendrás, ¡aunque tuviese que robarlos!

—¿Esta noche?

—Esta noche... Pero ¡dos mil duros!... ¡Seis mil pesetas! ¡Siete mil!...

Fermina denegaba con la cabeza.

—Te he dicho que necesito las diez mil. O las diez mil o nada. Ya veré yo...

Soberana, dominadora, acudió al resorte supremo:

—Mira, hijito. Las cosas son como son. ¿Que no puedes? Pues tan amigos. Tú por un lado, yo por otro. ¡Y tan amigos! Acaso lo que a ti te parece mucho, a otro le parezca poco. La vida es así... A grandes males, grandes remedios...

—¡Fermina!... ¿Y tienes alma para decirme?... Pero ¿no ves cómo estoy?

Estaba el infeliz que se le ahogaba con un papel. Las lágrimas, escurriéndole por la barba, mojaban las manos velludas, cruzadas sobre el vientre.

—¡Si supieras!—gemía el pobre.

—¡Anda! Pues si supieras tú—dijo ella, levantándose bruscamente, en un revuelo de su fina bata de encajes.

Hubo una larga pausa patética. Fermina, las manos en la nuca, exhibía sus opulencias en mudos, pífidos paseos. Ruiz, por entre sus lágrimas, admiraba la hermosa madurez rubia. De cuando en cuando el bronco estrépito de un autocamión hacía retumbar el piso.

—Desengáñate. Es lo mejor. Tú a tu casa, con tu mujer, tus hijos, tu negocio. Yo... Bueno; yo...

Abrió el terrible, hondo paréntesis, como si abriese la sepultura de Ruiz.

—Yo... ¡Psé!

Por tres veces lo repitió, en tres tonos a cual más lírico, con tres distintos movimientos de cabeza.

—¡Psé!—desdeñosa de sí misma, avergonzada de sí misma.

—¡Psé!—irritada, fiera, furiosa, protestando de tanta iniquidad.

—¡Psé!—melancólica, resignada, vencida, rendida...

Fueron tres puñaladas en el corazón de Ruiz. Las tres veces gimió como sofocado por las manos del asesino, tapándole, acallándole. Luego, rehecho de ánimo y fuerzas, se levantó como a un resorte:

—¡Fermina!... ¿Pero estás llorando?

—No es nada. Quitá. Déjame. No es nada...

—¿Ves tus lágrimas? Se acabó. Espérame a las diez.

—No; mira. No...

—Que me esperes a las diez... ¡Faltará más!... Llorando... ¡Faltará más!...

## Un balance

Ruiz tocó el timbre de su puerta. Dentro sonaron correrías de chicos, voces.

—Es papá.

—¿Has vestido a las niñas?

Era día de puñaladas al corazón. Abrió la puerta, con una toalla al cuello y el peine en la mano.

—Ya estábamos inquietas.

—¿Inquietas?

—Naturalmente. Son las seis menos cuarto y la función empieza a las seis...

Cinco criaturas le rodearon, disputándose sus besos. La voz de su mujer gritaba desde el tocador, risueña:

—¡Jun, jun! ¿De dónde vendrás a estas horas? ¿Qué mariditos! ¡Jun, jun!

Se le hizo un nudo en la garganta. Era un vil. Pero el recuerdo de Fermina lo asió violentamente, aferrándose, como un monstruo. Corrió el pasillo, entre palabras banales a sus hijos y a su mujer:

—¡Bueno, bueno!... Lo que queráis... ¿Conque estos mariditos? ¡Vaya!

Desde la puerta del despacho decretó la ruindad en tono implacable:

—¡Id delante. Tengo que despachar unas facturas... En seguida voy...

La cuñada, con su toalla al cuello, protestó:

—¿Vas a perder «Marina», que es lo primero? Pero hombre... ¡Con lo que te gusta!

Acudió a despedirlos hasta la escalera.

ra. Su mujer, su cuñada, sus cinco hijos, descendían riendo, comentando, tan contentos, tan ajenos a tanta infamia:

—Adiós, ¿eh? Que vengas en seguida.

—Oye, papá: llévamos bombones.

—¡Que hay tenor nuevo!... A ver si llegas antes del brindis...

—¡Adiós! ¿eh?

—¡Adiós, papá!

¡Puf! Se asfixiaba. Tenía empapada la camisa. Entró al despacho. Abrió la caja...

Aturrullarse, no. Tranquilidad. Serenidad. Después de todo, ¿qué? Pues saldría, como otras veces. ¿Y el juego? ¿Quién le decía que una racha?... ¡Bah! La fortuna es de los audaces. Quien no se embarca, no pasa la mar...

Recontó los billetes. Doce mil quinientas. Diez mil para Fermina y las dos mil quinientas al Círculo. ¡No, no, no! ¿Y la tienda? ¿Y la casa? ¿Y los pagos a Merinito, el de la almoneda? Con quinientas había de sobra para el Círculo. «Una buena baraja, Dios mío! Con los dos mil duros me conformo! ¡No te pido más!»

Retembló a la sorpresa del vozarrón de la criada, a vueltas con el «Juan Manuel»:

El pueblo entero está temblando de emoción...

El sí que temblaba. Pero, ¿y Fermina? Aquellos ojos entornados. Aquellas deliciosas intimidades...

Fué un balance senil. Llenó la cartera, cerró la caja, tuvo la avilantez de darse «una última mano» en la corbata, en la barquilla, en las uñas, que ella le examinaba siempre. Y, sin pensar más que en Fermina, fué hacia ella, como atraído por un imán...

## Mañana...

La doncellita, tobillera, elástica, maliciosa, entró, abrochándose el delantal y guiñando:

—Señorita: Está ahí. ¿Lo entro?

—Entrálo. Y mucho ojo, por Dios, Lola. Si viene don Tomás, ya sabes. Al gabinete... Mucho ojo, no tengamos...

Lola salió, entre mohines picarescos. Entró Ruiz, boyante, seguro, napoleónico, como quien espera dar el golpe.

—Las diez menos siete... ¡Buenas noches!

Desde el sofá, apelotonada, abrumada, gimió, con un hilo de voz:

—¡Buenas noches! ¡Jesús, Jesús!

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué te ocurre?—preguntaba Ruiz, espantado.

Ella se incorporó ensimismada, la ma-

no en la barbilla, los ojos vagos, pensativos. Sin hablar, movía la cabeza, como reflexionando ante una desgracia.

—Pero, bueno. ¿Qué pasa? ¿Qué es?

Sonreía, lánguida y triste. Pasábase la mano por la frente. Suspiraba...

—¿Qué es! ¿Qué es! ¿Qué quieres que sea? Mi situación, Antonio. ¿Te parece poco?

Ruiz echó mano a la cartera, sacó los billetes:

—¡Ea, toma! Diez mil pesetas.

Las tomó, sonriendo tristemente, como el enfermo a la medicina. Luego, gimió teatral:

—Pero, ¿y tú?

¿El? El no quería más que contentarla. ¿Estaba contenta? Pues entonces. Avanzó, enardecido, hasta el sofá. Ella le dió una mano, como se da un juguete a un niño para que nos deje.

De repente, un ruidoso ¡jem! le obligó a soltarla. En la puerta, la doncellita tobillera sonreía maliciosamente.

Fermina, más lánguida y triste, preguntaba:

—¿Está ahí ya, Lolita? Entretenlo un instante. En seguida voy.

Luego, vuelta hacia Ruiz, preludió un sollozo:

—Ahí tienes. Dime si no es un cargo de conciencia. Pero ¿qué remedio!

Ruiz, hecho un ovillo, tartamudeaba las preguntas:

—¿Cargo de conciencia? ¿No hay más remedio? Pero, bueno... Pero ¿quién es?

—¡Canalla! ¡Prestamista! ¡Ladrón! ¡Sí, hijo, sí! ¡Enteritas se las lleva! ¡Digo, y gracias que me esperó dos días más!... Si no, a estas horas... Bueno, Antonio, ¿vendrás mañana? Almorzaremos, hablaremos...

Bajó la voz, confidencial, subrayando, deletreando, perversa:

—Ha-bla-re-mos.

Empujó a Ruiz, fascinándole, emborrachándole, en un tibio contacto de su hermosura sazónada, maestra: «Ma-ña-na.» Ma-ña-na...

Ruiz, sin saber cómo, se vió en la calle, sofocado, excitado, embriagado, repitiendo el vocablo-hechizo: «Ma-ña-na»...

Entró pisando fuerte, en amo, de mal humor. Su aire de estudiantillo calavera tenía cierto empaque chulesco. Fermina, la mirada brillante, avanzó a tomarle la bufanda.

—¿Qué haces? No puedo, hija. Tengo que irme, pero que escapado. ¿Apoquinó el hombre?

Ufana, salivándose los dedos, recontó los billetes del mueblista.

—¿Ves? Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—Ajá... Si no fuera por lo que es, te aseguro... Pero ¿qué remedio! El Círculo no admite bromas. Ya sabes. ¿Pagas? Pues como los ángeles. ¿No pagas? Vas al cuadro. Y ¡bueno! ¿Para qué te voy a decir? Verte en el cuadro y tener que pegarte un tiro...

—¡Chúúú!—le cortó Fermina, tapándole la boca, aterrada—. ¡Por Dios! ¡Por Dios, Tomás, dime que tú no lo harás nunca! ¡Júramelo!

—No, mujer, no... ¡Habrá romántica! Te advierto que las tomo, pero en calidad de préstamo. ¡Palabra! Y ¡bueno! ¿Para qué te voy a decir? Ahora me voy... Pero ¡mañana!

—¿Que te vas?

—¡Naturaca, hija! Tú suponte que, por tardar, me ponen en el cuadro. ¡La hecatombe!

Fermina derrumbóse en el sofá, sollozando.

Escapó. Fermina, derrumbada en el sofá, la cara entre las manos, gemía...

Incorporóse bruscamente. En el pasillo cuchicheaban. Oyó unas voces sofocadas, unas risitas...

—¡Déjame, golfo! Mañana... hablaremos.

Cristóbal de CASTRO

# ARIA DEL CREPÚSCULO

Pasamos por el mismo camino. Juntos siempre. A ti te dió sus rosas, ja mí me dió su nieve!

A mí su seca arena, a ti sus claras fuentes. A mí su yermo inmenso, a ti su campo fértil.

A ti sus blancas lunas, su rojo sol ardiente. A mí sus negras noches, su sol opaco y débil.

A mí me dió tan sólo crepúsculos murientes; a ti los vivos oros de sus amaneceres.

Por ti cantó la alondra sobre la fronda verde;

te dió su plata el lirio y su esmeralda el césped.

Para mí los silencios de las roches dolientes; para mí las recónditas soledades estériles.

Para ti los ensueños habitando tu frente; para ti, de los cálices las dulcísimas mieles.

Para mí los recuerdos de las horas que vuelven; para mí las tristezas con sus ácidas hieles.

Pasamos por el mismo camino. Juntos siempre. A ti te dió sus rosas, ja mí me dió su nieve!

Ernesto LÓPEZ PARRA



# LAS MUJERES DE ROMERO DE TORRES Y EL PATIO DEL MUSEO DE CORDOBA

El cartel de la corrida patriótica no diré que ha dado más nombre a Romero de Torres, pero sí que ha puesto su fama «de actualidad», consagrándole una vez más como el artista que supo, por excelencia, encarnar en su pincel el alma y la figura de las mujeres de España. Y no nos referimos aquí al cartel en sí, que, por ser cartel, es decir un género especialísimo muy distante del que cultiva siempre Romero (¿habrá técnica más opuesta a la simplificación de un cartel que el largo y recalcado detenimiento de la pintura al temple y de las veladuras pacientemente añadidas, corrigiéndose y completándose unas a otras?), tiene forzosamente que ser inferior a la nota general de su producción. Nos referimos a la irradiación espiritual de esta producción que le ha hecho elegir, naturalmente, ese tema en esta ocasión en que se trataba de atraer la atención del público sobre un símbolo de la Cruz Roja Española, es decir un símbolo de la caridad de la mujer española. Y el cartel de Romero de Torres, aunque muy distante de toda la obra del artista cordobés, ha venido a infundir nueva vida a todas las figuras del *Retablo del Amor* y del *Poema de Córdoba*.

¿Cuánto no se ha dicho ya acerca de estas hembras, monumento apasionadamente elevado a toda la pasión inmutable y recóndita de una raza! Y los paisajes, sobre los cuales se destacan, han inspirado páginas rendidas de fervor. Pero, así como es imposible sentir (no decimos comprender, sino sentir, cosa bien distinta) la fuerza de estas figuras si se ignora el sabor de su tierra, es imposible sentir todo el lirismo de los fondos de los cuadros de Romero de Torres si no se ha sentido nunca el sabor particularísimo del patio silencioso y fragante, casi conventual, en que el artista, en el corazón de la Córdoba que le ha creado a él, va creando poco a poco la forma de sus mujeres.

En Córdoba, el Museo está en una plazuela arbitraria, empinada, callada y retirada, que se llama «la plaza del Potro». Cervantes habla de esta plaza en el *Quijote* y en ella hay todavía una venta que se conserva idéntica a cuando paró allí el glorioso manco. Todo está igual; todo, hasta los cuernos para la sal y el vinagre, hasta las piedras anchas y desdibujadas y los cortantes guijarros del zaguán, y hasta la manera que tienen, al caer de la tarde, de sentarse en el zaguán las mujeres. Y los Romero de To-

rres sienten, más noble que el más linajudo abolengo, la nobleza de vivir en la «plaza del Potro», cuyo Museo conserva amorosamente Enrique, el hermano de Julio, tan cordobés y tan artista,

jado de flores que hay días en que apenas si se puede transitar por él; este de Córdoba, aunque más pequeño, resulta más amplio y más fresco. Tiene losas que fueron sepulturas y siempre, en alguna

pinta su hermano, es, sin gestos exteriores, una maravilla de apasionamiento: la pasión por su patio.

Es un patio, y nada más; pero, en esta tierra de los patios como paraísos, es este un paraíso inesperado. Es más recóndito, más hondo que ninguno, sin cancela que lo anuncie desde la calle, reservado y profundo como las figuras que en él van naciendo. Tiene en el centro una Virgen cobijada por un arco de rosas que parece encerrar todo el amor, toda la dulzura del misticismo de las Flores a María. Tiene estatuas mutiladas, estatuas de otra era, medio cubiertas unas por las ramas colgantes, altivamente erguidas otras en medio de un macizo; y encierran éstas toda la perpetuidad, en la tierra de María Santísima, de la fuerza pagana. Tiene naranjos, tantos naranjos, que su olor emborracha, como si ofreciera de una vez todo el perfume de azahar que hay por toda Andalucía. Y tiene tantas flores, tantas, que no da pena cortarlas y que puede uno llevarse ramos espléndidos sin remordimiento.

Y en los días inmóviles del estío cordobés, Julio saca su caballete al patio y se pone a recoger en el lienzo todo lo que le aporta el ambiente.

En Andalucía las mujeres no salen por las calles, y en Córdoba es donde tienen

las rejas más espesas de toda Andalucía; por eso, detrás de las rejas cordobesas es donde las mujeres son más pausadas, más dulces y más bellas. Su vida es el no vivir. ¿Qué otro lugar serviría, como ese patio, para evocar su pasión latente y escondida?

Y se piensa en el único otro patio tan «de sorpresa» que debe haber por el mundo: aquella joya recóndita del San Pablo extramuros de Roma, que da ganas de hacerse monje para vivir su silencio y su paz. Pero en este patio del Museo de Córdoba no hay que temer la intrusión de ningún grupo de turistas, ansiosos de «fondos» célebres para sus fotografías.

Entre los chaparrones y el bullicio indiferente de este otoño madrileño, que es siempre, por encima de todos los momentos, el «principio de la temporada», los ojos inmensos de la enfermera del cartel de Romero de Torres nos han traído el sabor, inconfundible — y con

él todas las añoranzas — del patio de maravilla de la plaza del Potro, en donde todo se conserva igual a través de los siglos: las fragancias, las formas y los gestos.

Margarita NELKEN



A la entrada de este Museo, una lápida reza: «Aquí descansan los restos de nuestros primeros Padres.» Porque el Museo, antes, era convento. Así su patio es ancho, florido, conventual. En Sevilla, el Museo también tiene un patio, y tan cua-

esquina, un grupo de muchachas bellas y tranquilas: las muchachas de la familia de Julio y sus amigas; y, principalmente, esa Angelita Romero de Torres que cuida del patio; esa Angelita, cuya vida, igual a la de todas las hembras que



# EL BRUJO KRIKRU

ERANSE un rey y una reina que no tenían hijos.

Un día que el rey había ido de caza con su escolta, mientras todos descansaban a la entrada de un bosque, su majestad se acercó a una fuente; hacía calor y tenía sed; como no había llevado copa alguna, se puso a beber a chorro; en aquel momento sintió que algo le tiraba de la barba y le tenía sujeto; de la pila salía un sér monstruoso, con la faz verde, cuatro cuernos rojos y, en lugar de manos, pinzas, que eran las que sujetaban la barba del monarca.

—¿Quién eres?—gritó éste indignado.—¡Te ordeno que me sueltes!

—Soy Krikru, el brujo de las fuentes. Te devolveré la libertad si me prometes regalarme lo que te encuentres con sorpresa y sin alegría al llegar a tu casa.

—Lo que encuentre con sorpresa y sin alegría—pensó el rey—no debe de ser nada del otro jueves.

Y dijo:

—¡Prometido!

El brujo lanzó una carcajada estridente y desapareció. El rey volvió a reunirse con su escolta y tornaron a palacio.

La reina le esperaba ante la puerta; llevaba en brazos un precioso niño recién nacido. El rey lo comprendió todo: «He aquí—pensó—lo que encuentro con sorpresa, puesto que no lo esperaba, y sin alegría, puesto que se lo he prometido al brujo Krikru.»

No obstante, no reveló a nadie su terrible aventura; puso al príncipe el nombre de Bienvenido y acabó por olvidar su promesa.

Pasaron los meses y los años; el príncipe era ya un joven hermoso y valiente, y tenía once hermanos. Un día que habían ido de caza, el príncipe Bienvenido se acercó a beber a una fuente; al punto se le apareció el horrible brujo y le dijo:

—Ve y recuérdale a tu padre la promesa que me hizo. Si no la cumple, me vengaré.

Al enterarse de esto el rey, lo reveló todo, y el príncipe dijo:

—Déjame ir, padre. Yo intentaré vencer al brujo Krikru.

Y partió. Al pasar junto a un río, vio doce cisnes en el agua, y en el ribazo doce coronitas de perlas. Bienvenido cogió una y se escondió detrás de una roca.

Al poco rato, un cisne salió del agua, se transformó en un bella joven, se puso una coronita y se fué; luego, otro y otro, hasta once. Pero el duodécimo parecía va-

cilar. Entonces el príncipe salió de su escondite y dejó la corona en la hierba. Al punto el último cisne salió del agua y, ya transformado en linda joven, dijo con una amable sonrisa:

—Soy la princesa Benjamina, hija de Krikru, el brujo de las fuentes. Mi padre me espera con impaciencia y furor; te acogerá con gritos y amenazas; acércate sin temor y preguntale lo que desea.

Golpeó la tierra con su pieccecito; la tierra se abrió y los dos jóvenes se hallaron ante el palacio subterráneo de mármol negro, con techo de oro y puertas de cristal, del brujo de las fuentes.

Al ver al joven, Krikru lanzó tales im-



Y en efecto, al despuntar el alba se elevaba, junto al palacio de Krikru, un palacio idéntico, de mármol negro, con el techo de oro y las puertas de cristal.

—Está bien—dijo el brujo frunciendo el ceño—; pasemos a la segunda prueba: esta noche te presentaré mis doce hijas y habrás de decirme cuál es la más joven.

—Sin duda—murmuraba el príncipe paseando por el jardín—será muy difícil esta segunda prueba.

—Y hasta imposible—dijo detrás de él la voz de su amable protectora—. Nos parecemos de tal modo que solamente nuestro padre nos distingue a unas de otras. Pero yo soy la más joven y me reconocerás, porque tendré una maripuita sobre la ceja izquierda.

Al llegar la noche, Bienvenido se vio en presencia de doce jóvenes, todas idénticas, idénticamente vestidas y con los

mas que una salvación: huyamos juntos.

Y dicho y hecho: golpeó el suelo con su pieccecito y se hallaron junto a la fuente, donde el caballo de Bienvenido seguía esperando a su amo desde hacía dos días. El joven saltó sobre él y tomó a Benjamina a la grupa.

Cuando Krikru se enteró de la doble desaparición de su víctima y de su hija, lanzó tales imprecaciones que, como de costumbre, hizo temblar las paredes de mármol negro de su palacio.

—¡Que me traigan a los fugitivos!—ordenó.

Cincuenta mensajeros partieron al galope; la princesa los oyó llegar desde muy lejos, y, sin perder tiempo, se apeó del caballo y transformó al príncipe en río; a sí misma, en puente, y al caballo, en roca. Los mensajeros no vieron a nadie y volvieron cabizbajos al palacio.

—¡Necios!—gritó Krikru—, os han engañado: el puente y el río eran ellos. Id y traérmelos, si no queréis que os corte la cabeza a todos.

Cuando Benjamina oyó por segunda vez el galope de sus perseguidores, se apresuró a transformar a su compañero en bosque, cruzado por senderos innumerables y laberínticos; ella tomó la forma de una gacela y dio al caballo la de un gorrón.

Los mensajeros se perdieron en los senderos del bosque; no vieron a nadie y tuvieron que volver con las manos vacías.

Krikru no perdió tiempo en ejecutar su amenaza de cortarles la cabeza; saltó sobre su más brioso corcel y partió.

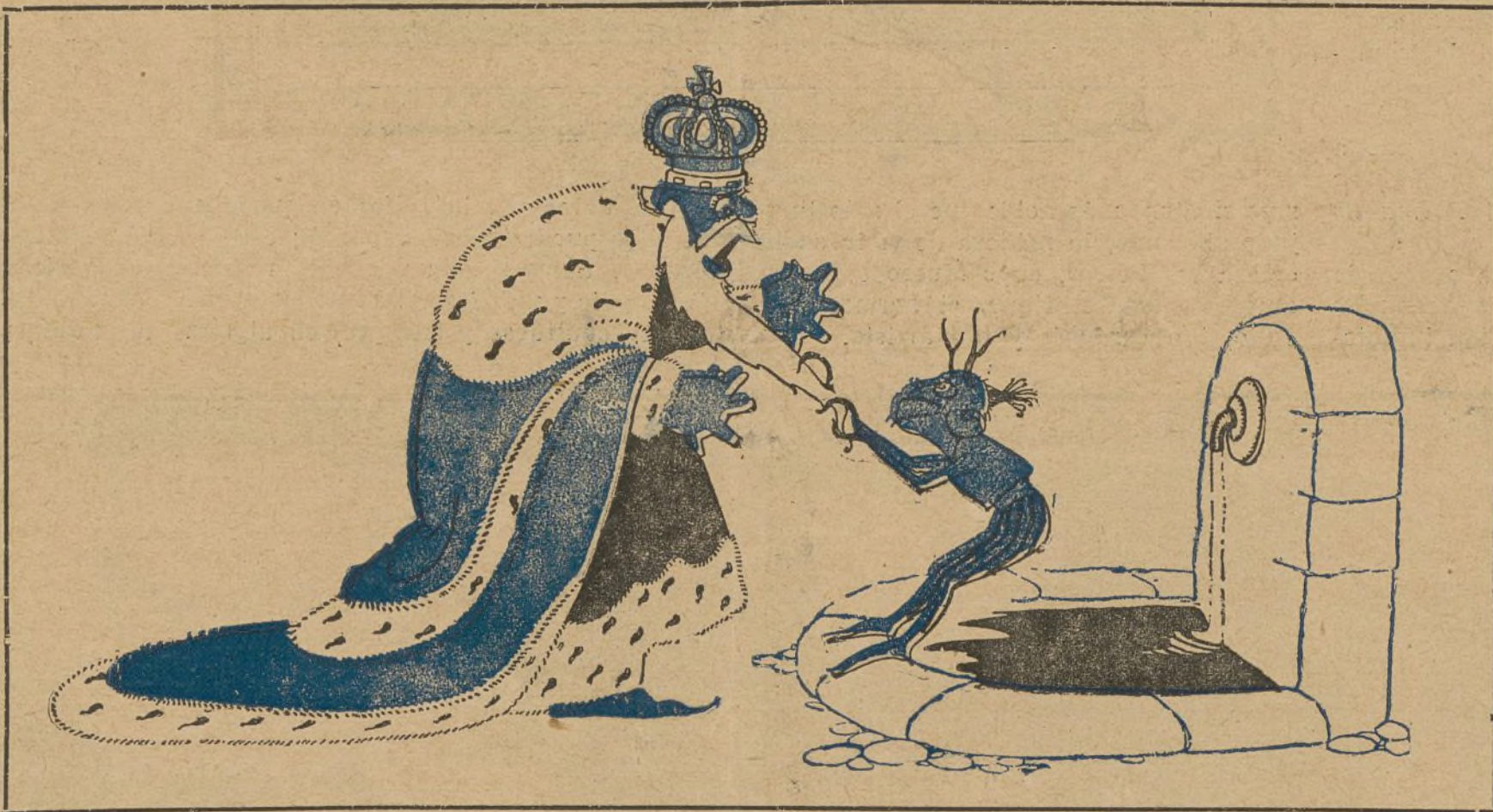
Pero ya era tarde; cuando llegó al palacio de los reyes, ya Bienvenido y Benjamina habían llegado antes que él, y después de toda suerte de manifestaciones de sorpresa de alegría y de cariño, entre los padres y el hijo, los dos jóvenes se habían casado.

Por muy brujo que se sea, cualquiera mata así como así al esposo de su hija!

Krikru no tuvo más remedio que inclinarse, y se fué furioso, sin pensar siquiera en hacerles un regalo de boda. Cuando tornó a su palacio, se encontró con que sus otras once hijas se habían escapado también. Se casaron con los once hermanos de Bienvenido, y todos juntos fueron muy felices, mientras Krikru se pasaba la vida gruñendo y haciendo temblar con sus imprecaciones las paredes de su palacio de mármol negro con techo de oro y puertas de cristal.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.



precaciones que las paredes de mármol temblaron; pero Bienvenido, sin inmutarse, se acercó, le saludó cortésmente y le preguntó lo que deseaba.

—Esta misma noche—dijo el brujo—has de edificar ante mis ventanas un palacio idéntico a este; si al amanecer no está terminada la tarea, te mataré.

El príncipe se retiró tristemente a la habitación que le designaron; se esforzaba en resignarse a una muerte que le parecía inevitable, cuando una avispa entró zumbando por la ventana y tomó la forma de la linda Benjamina.

—Acuéstate y duerme tranquilo—dijo—; al amanecer, la tarea estará terminada y no tendrás por qué temer.

ojos bajos. Pero por la indicación de la maripuita reconoció a Benjamina, y la designó diciendo: «Esta es la más joven.»

El brujo quedó atónito y furioso, y gritó:

—¡Aquí hay algún engaño; pero de mí no se ríe nadie. La tercera prueba será decisiva. Esta noche prenderé fuego a un haz de leña, y antes de que acabe de arder habrás de hacer ante mis ojos un par de botas de montar.

El príncipe se desesperaba en su cuarto, cuando una mariposita blanca entró por la ventana y tomó la forma de Benjamina:

—Esta vez—dijo la princesa—no hay





# YA SE VAN LOS QUINTOS, MADRE

Romance de cantinero



La madre teje la hilaza; carda el vedijón la hija;  
el padre, a quien han curtido sol, ventarros y pedriscas,  
labrando está, en un rincón, una colodra pulida.  
Y dice la moza rubia, zanquilarga y casi albina:  
—¡Ya se van los quintos, madre, a tierras de Morería!  
¡Ya se va lo más granado de toda la ancha Castilla!  
¡Ya se van los que en el porche, el domingo, a fin de misa,  
al vernos pasar, cantaban — ¡ay, madre! — la tonadilla.  
¡Ya se van los quintos, madre, a tierras de Morería!  
¿Quién guiará las estevas? ¿Quién la mancerá curtida?  
¿Quién asegará la mies? ¿Quién trillará las gavillas?

El padre afana su afán, por esconder que suspira,  
y dice así, con un tiemblo en el que su voz se ahila:  
—Deja que vayan al Moro; tú y yo trillaremos, hija;  
que si el cordero se va, hacia la querencia tira.  
—¡Pero no hay querencia, padre, cuando se pierde la vida!

La madre, que está en silencio, con la trama que tejía  
se enjuga un hilo de llanto que en la mano le caía.  
Luego hacen los tres la cruz, y la rueca a pedal gira.

Con el alba, de oro y rosa, los soldados se salían  
campo adelante, cara al cielo, vivo el pie, la risa viva:  
¡no les pesa el corazón tanto como la mochila!  
Al verlos pasar alegres, igual que de romería,  
¿quién piensa que van al Moro; quién, a la mala partida?

Sola quedó la bigornia con el mazo, en la herrería;  
solo el torno del alfar, y sola la tenería;  
¡pero más solo que todos queda el campo de Castilla!

Al cruzar sobre los surcos, las espigas se movían.  
¿Qué quieren hablar las pobres? ¿Qué queréis decir, espigas?  
Un soldado se bajó; cortaba la más lucida,  
y soplando por el tallo, una pipitaña hacia.  
¡Soldado que vas al Moro: por la pipitaña, pita,  
que el pitar vase volando, montado en la ventolina,  
y entra en casa, dónde madre y la zanquilarga hilan!

Contestan a la pitaña, en redor, las totovías;  
las chochas y los pardillos, pues no pueden cantar, gritan;  
y en un bardal rastrojero, jara verde y zarzacospina,  
una banda de vencejos rompen en algarabía...  
¿Qué quieren hablar las aves? ¿Qué queréis decir, amigas?  
En el hombro de un soldado se paró una golondrina:  
trae en el pico una flor y está, de volar, rendida;  
la flor es color de sangre, de sangre recién vertida;  
toma la flor el soldado y cae muerta la avecilla.  
¡Soldado que vas al Moro: guarda la flor carmesina,  
pues Dios la tiñó de sangre, no en la tu sangre se tiñal

La madre teje la hilaza; carda el vedijón la hija;  
labra el padre, en un rincón, una colodra pulida.  
Ya cerró la noche, ya al Moro se fué la quinta,  
y traza una cruz la luna sobre la ancha Castilla.

Tan sólo la moza rubia, zanquilarga y casi albina,  
sigue hilando y repitiendo, como loca, su letrilla:  
¡Ya se van los quintos, madre, a tierras de Morería!

Luis FERNANDEZ ARDAVIN

Ornamentación de Monsó.



NARRACIONES EXTRAORDINARIAS

# — El corazón de la muerta —

¡Pero este cuerpo rígido...  
Pero estos labios blancos...  
Pero estos ojos turbios...  
Pero este pelo liso...  
M. MACHADO.

Yo sabía que Magdalena Rembrandt tenía veinte años floridos y gloriosos, el cutis pálido, las manos finas, las pupilas doradas, el cabello negrisimo. Sabía que era triste y callada, y que vivía sola en una «villa» próxima a Guetaria, a pocos kilómetros de Zarauz, en Guipúzcoa.

La «villa», rodeada de oxiacantas, constaba de dos pisos y era toda de mármol. En la fachada delantera se abría la serena elegancia de un distilo al que llevaban seis escalones.

Muchas veces los campesinos se detenían ante la casa para oír el armonio, que tocaba con maestría Magdalena, y, al llegar a sus hogares, decían:

—Hemos oído tocar a «la Abandonada».

Y la llamaban así porque nadie la conocía familia ni relaciones. Yo sabía también que Magdalena era licenciada en ciencias, rica, y amada de mi amigo Sepúlveda, el cual vivía en las Provincias para reponer su salud, quebrantada por varios ataques al cerebro.

Un día recibí un aviso urgentísimo del viejo compañero:

«Ven en seguida. Ha muerto Magdalena. Estoy loco.»

Fuí.

Le hallé en la estación. Al verme, me abrazó estrechamente y se echó a llorar. A duras penas reconocí en él al amigo de la niñez y de la juventud. Había envejecido de un modo terrible; tenía los párpados inflamados y la boca sumida. Sin decir palabra fuimos hasta la carretera, donde aguardaba un carricoche. Mi amigo empuñó las riendas. Corrimos por el camino, bordeado de árboles, cuando, no pudiendo ya dominar mi impaciencia por más tiempo, interrogué a Sepúlveda:

—¿Qué ha pasado?

El parpadeó, y de sus pestañas rubias se desprendieron unas lágrimas. Oprimí mis manos con las suyas:

—¡Es horrible, es horrible!—murmuró.

Después, lentamente, en voz velada por el dolor, dijo:

—No lo sabe nadie, nadie, sino yo. Y ahora, tú...

—¿Me explicarás?...—

—Sí; te explicaré; pero luego, más tarde.

Fustigó al bruto, que dejó el trote largo para coger un galope precipitado, y de pronto lanzó una interjección.

—¿Qué ocurre?—exclamé.

Vi al caballo tropezar y caer al suelo; el carrito quedó inclinado hacia la izquierda, dentro de la cuneta; Sepúlveda saltó a tierra y yo le imité.

—Se ha roto uno de los tirantes—me dijo—. Mientras lo ato con una cuerda, puedes darte unos paseos por ahí.

Incapaz de ayudarle, crucé el camino y me acerqué a una verja que se alzaba a pocos metros. Era un cementerio pequeño y florido; sobre las tumbas se veían muchas piedras irradiadas y redondas, símbolo del Sol, según los vasos. Recé.

Poco después oí la voz de Sepúlveda:

—¡Máximo!

Fuí allá y proseguimos nuestra ruta; ahora el campo era una hermosa pradera verde y solitaria. Recorrimos dos kilómetros en silencio y llegamos ante la «villa» de la Rembrandt.

—Ven; verás qué horror — musitó mi amigo.

Sacó un llavín y abrió el distilo; entramos; salvamos dos escaleras, cruzamos las habitaciones del segundo piso e hicimos irrupción en un cuarto-laboratorio que había a la derecha.

Retrocedí aterrado: sobre una mesa de mármol, «el cuerpo rígido, los labios blancos, los ojos turbios y el pelo liso», como dijo el poeta, yacía el cadáver de Magdalena. La muerta estaba completamente desnuda. No tenía el corazón. ¡Que diestramente se lo habían arrancado! Recordé con angustia las terribles ceremonias de los aztecas y me pareció que la mesa de mármol era la piedra del sacrificio.

—¿Qué has hecho?—pude balbucir.

—Demostrar al mundo—repuso él—que la muerte es una imbecil mentira y que los humanos somos unos pobres seres electrificados.

Miré a Sepúlveda; su boca se fruncía en un gesto sarcástico, y sus ojos brillaban terriblemente.

—Aquí está el corazón.

Lo vi sobre una plancha de acero: estaba desangrado, limpio, con las arterias y las venas seccionadas, como una lámina arrancada de un libro de medicina. Un refuerzo se aplicaba al tronco braquiocéfalo y otro, de electricidad negativa, al ventrículo derecho. ¡Y el corazón, así estimulado, latía como lo hiciera en vida de la bellísima mujer.

Mudo, absorto, espantado, contemplé a mi amigo; Sepúlveda sonreía de tan enigmática manera que lo comprendí todo. Y cuando me preguntó:

—¿Qué te parece?

le repuse, dominando mi emoción:

—Me parece, sencillamente, una segunda experiencia de Galvani.

—¡Bah!—murmuró con desprecio—. Eres un hombre torpe por naturaleza. Con esto demuestro que el alma es la electricidad, puesto que ella mueve el corazón, que es nuestro motor.

—El alma no es sólo movimiento.

—No pretendas comparar tu entendimiento con el mío.

Tenía algo de diabólica aquella con-

versación sostenida junto a la muerta. Sepúlveda, con un mirar cada vez más alucinado, siguió:

—Yo adoraba a Magdalena; ella decía amarme con todo su corazón... Y he decidido descubrir cómo puede amar el corazón. Aquí lo tienes, movido por una energía tan intensa como el alma. ¿No llegan hasta ti unas ondas de amor? El amor se propaga como el calor solar. ¿No lo notas? ¡Dimel, ¿no lo notas?

—No.

Avanzó hacia mí, decidido.

—Entonces voy a examinar tu propio corazón. Lo compararé con el de Magdalena y sabré seguramente si el de ésta me ama.

Tomó un puñalito triangular de encima de la mesa y lo blandió en el aire. Vi en su cara tan decidido y horrible gesto, que comprendí que no tenía más salvación que mi sangre fría.

—El corazón de Magdalena — le dije con forzada tranquilidad — no puede amarte.

—¿Por qué?

—Porque lo has arrancado del cuerpo que lo encerraba.

Mi pobre amigo abatió la frente y lloró.

—Es verdad... Es verdad...—gemía—. ¡Y yo la adoraba; te juro que la adoraba! Te vas a convencer.

Y antes de que me diese cuenta, con un movimiento brusco, clavó el puñal en el pecho. Se apoyó vacilante en la pared y, en medio de las ansias de su mortal angustia, murmuró:

—Verás cuánto amor hay en mi corazón... ¡Qué hermoso estudio podrás hacer!

Se doblaron sus piernas y cayó de bruces.

Entonces yo salté por el balcón y corrí a campotraviésa.

Se oían las melodías del «etoy lelolo».

Corrí mucho, mucho. Clareaba ya cuando me detuvieron unos guardias civiles.

Después... Todos lo sabéis... Me acusaron del doble crimen; los periódicos me llamaron fiera humana y fui condenado a muerte.

Luego me salvó un indulto de la muerte, y ahora estoy muriéndome de viejo en esta celda.

Pero nadie mas que yo cree en mi inocencia.

Y, a veces, yo dudo también.

Enrique JARDIEL PONCELA

## IMPRESIONES DE UN LECTOR

# Rosario al Sol, por F. Jammes

He aquí un libro tristemente revelador. En él se refleja toda la deplorable desviación que ha sufrido el sentido religioso, singularmente en Francia. ¿Qué paradójicas y hasta sacrílegas adulteraciones han podido convertir el inefable tacto de lo infinito en distintivo de gente bien, o arma política dirigida precisamente en favor de las castas menospreciadas en el Evangelio?

No voy a resumir esa novela de Francis Jammes, que Magda Donato acaba de traducir pulcramente para la Colección Contemporánea Calpe. Baste decir que no falta en ella ningún tópico de los que alimentan la nueva pseudoreligiosidad. La joven aristocrática, incapaz de elevar su alma al menor atisbo místico, y confundiendo con las vibraciones espirituales su seco practicismo; el almirante, de leve, rudimentaria y genérica psicología, que representa la alianza de la casta guerrera con la sacerdotal y con

la plutocrática en la distribución de valores defensivos de esta sociedad moribunda; el personaje rebuscadamente odioso, el jacobino, pobre secuela de M. Homais, y en quien el autor desea herir toda la herencia revolucionaria: laicismo, dominio civil, libertad de las conciencias...

Al leer esas páginas imaginaba yo, por contraste, lo que podría ser, en nuestros días, la novela del sentimiento religioso, triunfante de sus falsificaciones interesadas. Acordábame de las novelas recientes de Bourget, a cuya perniciosa tendencia me he referido en estas mismas columnas.—No. Para que una plasmación de sentido religioso tenga vigor expresivo, es necesario infundirle valor de universalidad y sedienta aspiración a la mejora eterna de la especie; es decir, un valor de infinitud en el espacio y otro en el tiempo. A esos escritores que con tan sospechoso conturbamiento en-

lazan el espíritu guerrero y el eclesiástico, debe recomendárseles que abran el Evangelio y se pregunten dónde radican el supremo encanto y la fuerza enorme de irradiación de ese libro materialmente tan exiguo. Ya que estamos acostumbrados a leerlo como coronación de una literatura bien diversa, como Nuevo Testamento, yuxtapuesto al Antiguo que es su última contraposición, no percibimos bien todo lo que representa como vuelo del espíritu más allá de las ardientes xenofobias nacionalistas de Israel y las petrificaciones dogmáticas de la Escritura y la Sinagoga.

Pues bien: todo espíritu revolucionario no es otra cosa que una manifestación más de aquella avidez de solidaridad humana por encima de las patrias y las razones de Estado, y aquella sed de más allá, de «ideal», como consuelo de la amarga y dolorosa realidad presente. Así como la exaltación de los egoísmos nacionales transfigura el pasado en gloria épica y la historia en leyenda heroica, así también el impulso opuesto, que mira al porvenir y a la humanidad, se forja, a manera de guía o estrella epifánica, su mito conductor, su «reino de los cielos». Sólo que este impulso, como valor social, representa un momento más avanzado que aquél en la evolución de la conciencia colectiva.

Si toda guerra no fuese un factor de corrupción y un poderoso impulso de retroceso, hubiese podido creerse que la guerra pasada, destructora de los últimos imperios agresivos, aportaría una etapa de humanitarismo y evolucionismo ardoroso. Pero el valor genérico, absoluto y esencial de la guerra, de la Guerra como divinidad cruel y antropófaga ha prevalecido sobre el concreto valor paradójico que pudo tener la pasada guerra, supuesta guerra contra la guerra; y al amparo de la victoria ha tomado vuelo hacia Francia el espíritu adverso al propio civilismo que paradójicamente obtuvo la victoria. No quiero insistir sobre aspectos ya dilucidados de esa cuestión. Pero nunca se repetirá bastante que la gran prueba «religiosa» del espíritu monstruosamente bélico-cristiano de Francia dió por resultado el odioso desprecio a toda norma de justicia que se llamó antireyfuismo, verdadera renovación del criterio de Caifás. Esos falsos cristianos votaron entonces, implícitamente, la condena del Cristo, y atronaron el Pretorio con el eterno grito: *Crucifícale!*

A falta de excelencia interior, ¿tiene esa obra de Francis Jammes intensidad en su forma, valor estético de expresión, belleza eterna? Toda la intención del autor ha consistido en buscar los efectos de la simplicidad, las ingenuidades del primitivismo. Pero nada tan afectado como el *snobismo* de la sencillez rebuscada. Difícilmente esa mal disimulada proclama política se adaptaría a las candideces de un *belén* infantil o a las adorativas perezas de un imaginero trecentista...

Con todo, la sugestión del título permitía más hábiles amplificaciones. Los *Misterios*, por su propia enunciación, tienen ya un hondo valor de tragedia cristiana, embebida en un simbolismo apto para recibir, como un cáliz, el vino sangriento de la inspiración del legítimo poeta religioso. Cada uno de ellos podría ser lámpara votiva en la cual se vertiese un óleo de cosechas personales; podría ser un áveo para la miel y la cera místicas. *Misterio* y *místico* tienen la misma raíz, especie de valor transcendente del mito, de la enseñanza vulgar o exotérica. Y si vamos a examinar la virtualidad poética de cada uno de esos *Misterios*, pétalos de la Rosa paradisíaca que sólo alcanzó a ver el Alighieri, entonces las imágenes insospechadas



asaltan nuestra imaginación como un vuelo de coros angélicos. El Gozo, el Dolor y la Gloria son momentos sucesivos de una escala ascendente cuyos peldaños visibles son la Vida, el Sacrificio y la Inmortalidad. Y así todo hombre, por más ajeno que se encuentre a las fórmulas positivas de una determinada religión, siente en sí mismo la percusión inicial de una melodía cuya resonancia está en los valores eternos.

¿Quién no alcanzaría a estilizar así su propio Gozo, su propio Dolor y su propia Gloria?

Pero aun como estrictos pasajes evangélicos, como *Pasos*, usando la popular y viviente designación, los quince misterios son un manantial de visiones muy superiores a las de ese pobre libro de feligrés tímido y pacato, que ha confundido la sacristía con el templo. Ahí está, para muestra, el capítulo final, que quiere ser la estilización amplificada de la Letanía. No creo que exista en el rezo cristiano un valor lírico superior al de los sacros apóstrofes a María, que enlazan el metaforismo de la plegaria católica con el del epitalamio salomónico, adoptado por la Iglesia como valor de símbolo. Con la Letanía podría construirse un bello sistema moral, una agrupación de corolas místicas, en una sinfonía que fuese al propio tiempo sinfonía de coros, a manera de himno sobrenatural y ultrahumano. Pero Francis James ha compuesto únicamente una vaga jaculatoria, a veces salpicada de pueriles alusiones...

Ese libro se parece más a las pobres formas de la imaginaria religiosa moderna, a los cromos y oleografías de devocionario escolar, que a la fortísima tradición del arte cristiano, que convivió armónicamente con la resurrección pagana. Y si no fuese por aquella página en que una negra de Guadalupe invoca la forma desvanecida de la joven Dominica que murió en sus brazos, sugiriendo al autor «el abismo profundo y polvoriento, la bahía superior donde las flotas del silencio bogaban hacia el descanso eterno», ese libro sería totalmente desdeniable.

Gabriel ALOMAR

## últimas novedades

EDICIONES MYNDO LATINO

### OBRAS DE JOSÉ FRANCÉS

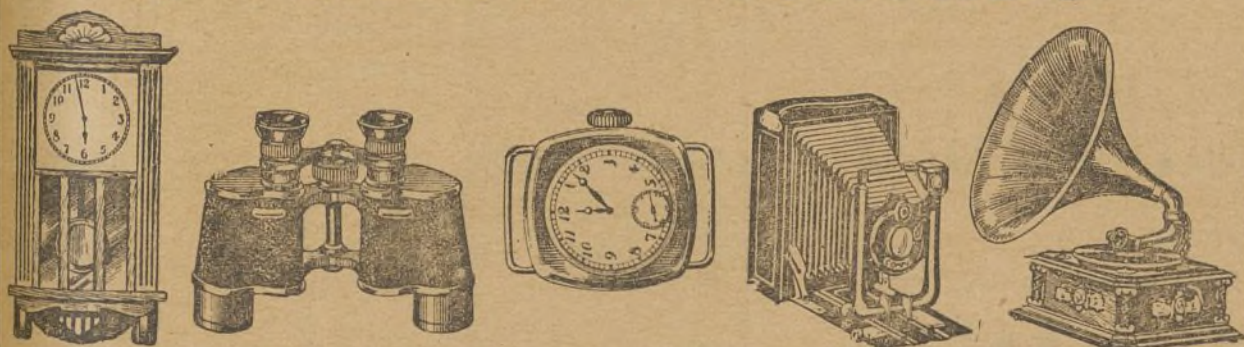
LA ESTATUA DE CARNE  
EL ALMA VIAJERA (NOVELA)  
CUENTOS DEL MAR Y DE LA TIERRA  
LA MUJER DE NADIE (NOVELA)  
EL MUERTO (NOVELA)  
LA RUTA DEL SOL (CUENTOS)  
COMO LOS PAJAROS DE BRONCE (NOVELA)  
LA GUARIDA (NOVELA)

### EN PREPARACIÓN

SORTILEGIO  
LA RAIZ FLOTANTE (NOVELA DE LA ASTURIAS ACTUAL)

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

## A PLAZOS Y CONTADO



Relojes de todas clases.- Gemelos prismáticos.- Cámaras fotográficas.  
Aparatos parlantes.- Pedid catálogos a BERGARA y COMPAÑIA.- Idi-  
queuz, 6.-San Sebastián.

## QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.  
Se admiten suscripciones y anuncios.

## Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17

Ayala, 60

# AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

## == BÓVEDA (LUGO) ==

Ayuntamiento de Madrid

# CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destroza-  
dos. No achaque a sus ca-  
llos lo que sólo es obra  
de su incuria. El que tiene  
la cara sucia es porque no  
se lava. El que tiene ca-  
llos, juanetes, ojos de ga-  
llo o durezas es porque  
no usa el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa  
totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO  
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID





# CARLOS

FÁBRICA DE RELOJES

FUENCARRAL, 27

MADRID

CERTIFICADO  
DE GARANTIA  
CON CADA RELOJ

# OPPEL

HELIOS